tos pescadores, le digo á Tautel, que se acerque hácia ellos; y aunque pareció obedecer con alguna repugnancia, se acercó, suspendiendo ellos su trabajo para mirarnos.

Hago señal con la mano al mas anciano para que me ayudase á salir del esquife que Tautel no pudo impeler fuera del agua; pero al levantarme del asiento para darle la mano, me reconoce el pescador, y quitandose con respeto la gorra, me dice: ¿vos aquí, Sir Towsend? qué milagro es este? bien venido seais. Yo, sorprendido, y algo asustado al principio de ser conocido de aquel hombre, fixo en él mis pasmados ojos y lo reconozco tambien: habia servido algunos años de marinero en mi navio. Guinc, ¿vos aqui? le digo: ¿es esta vuestra dichosa habitacion? Aqui vivo, me responde, con mi familia: será feliz si os dignais honrar mi pobre casilla con vuestra presencia.

Ningun Rey de la tierra pudiera hacerme una oferta mas agradable, ni que pudiera yo aceptar con mas intenso consuelo, que aquella que el buen Guinc me acababa de hacer; y habiendo ayudado á salir á mis hijas del esquife, seguimos á Guinc que nos encaminaba á su casa, donde apenas entrados, lo llámo aparte y le digo: Guinc, sabeis lo

que es el amor de padre, y lo que nos obliga hacer? Un señor poderoso del reyno intenta robarme una de mis hijas, no habiendo yo querido darsela en casamiento. Esto me precisa á pasarla á Francia, y si lo consigo por vuestro medio, satisfaré colmadamente vuestro servicio. Si os atreveis á venir en mi pequeño barco, responde Guinc, os prometo de poneros en un lugar seguro en la costa de Francia, á pesar de la guerra declarada, y de los armadores enemigos: y puesto que el tiempo no es muy favorable, iré á prevenir lo necesario, y entretanto podeis tomar descanso.

Un estrecho abrazo que le dí por respuesta en el transporte de mi agradecido júbilo, lo empeña mucho mas en servirme. Su oficiosa muger y una hija que acudieron á su llamamiento, acomodan sobre un colchon de ovas mis hijas trasnochadas; y mientras ellas y yo rendimos al sueño nuestros pechos aliviados de los pasados afanes y temores, Guinc y su hijo, que era el otro pescador que estaba con él remendando las redes quando aportamos, disponen el barco ayudados de Tautel, y lo proveen para partir, entretanto que su muger y su hija preparaban la comida.

Quisiera manifestaros, Milord, la dulzura de los tiernos sentimientos, que á pesar de mi desventura, probó mi ánimo, quando ya algo tarde, dispertado de aquella buena gente llamandome á comer, me ví sentado á ello en su compañia. Mesa capaz para tantos no la habia: debiose formar de dos tablas de barco, asentadas sobre quatro colmenas, aunque cubiertas de un razonable mantel. Coronabanla dos grandes platos de peces asados, á que se reducia toda la comida, sobrada para tantos afanes, y muy corta para la buena y oficiosa voluntad de aquellas gentes que quisieran darnos el alma. ¡Con qué expresiones afectuosas excusaban su pobreza, y nos rogaban que compadeciesemos su sincéra cordialidad! No espero ya, Milord, tener en mis dias mas delicioso convite, ni que tanto regale mi ánimo.

Quise recompensar la hospitalidad de Guinc y de su muger, y las atenciones de su hija, dandoles unas ajorcas de perlas, engastadas en oro que llevaba entre mis joyas; y entre los afectos y expresiones de su respetuoso agradecimiento, y del de mis hijas para con ellas, dandonos priesa el animoso Guinc, zarpamos finalmente, seguidos de los votos, y de los ojos de aquellas buenas

mugeres, hasta que nos cubrió el uno de los montecillos que se levantaba á la embocadura de aquel seno, saliendo nosotros de nuevo al espacioso mar, á quien rizaba un blando Nordest que prometia sernos largo tiempo favorable.

Guinc, su hijo, y Tautel eran los marineros. El sol teñia ya de su roxo esplendor el horizonte occidental, descubriendo todavia parte de su ancha y encendida faz al dilatado mar que doraba de sus inflamados rayos. La vela alzada toma de lleno el viento. Nos entregamos á su soplo favorable que nos hacia volar, cortando la proa la espuma que con lisonjero murmullo se desvanecia en su rápido curso.

Asi caminamos toda aquella noche y parte del siguiente dia, en que comenzando á arreciarse el mismo viento, Guinc se atreve á meterse en el golfo, confiado en la ligereza de su barco, y dirige el rumbo hácia las costas de Francia. La llegamos á avistar quando ya la mar comenzaba á embravecerse: y aunque entonces vimos que se esforzaba en venir contra nosotros un armador de Boloña, á quien era contrario el viento que nosotros teniamos en popa, la presencia de ánimo é intrepidez de Guinc nos libró de caer en sus

manos, aunque acrecentó los temores y afanes de mis hijas y los mios, dirigiendo osadamente el curso hácia el armador en vez de evitarlo. Este, viendo la confianza con que navegabamos hácia tierra, debió sin duda creernos pescadores de Calais, para donde Guinc dirigia el rumbo; pero en vez de llegar á aquel puerto, torció hácia una cala en donde nos desembarca felizmente, dexandonos en la playa, y diciendome, que aquello era lo mas que podia hacer su atrevimiento.

Despues de los abrazos que le dimos, acompañados de lágrimas con que le agradecí tan grande servicio, le entrego cincuenta libras esterlinas; y aunque las agradecia él con vivas demostraciones, nos hubo de dexar, y hacerse á la vela. ¿Qué mas podia yo pretender de mi fortuna cruel en mi huida de Inglaterra? pero cómo podian no crecer mis afanes al reconocerme solo con mis hijas, al cielo raso, y con Tautel cargado con los pesados fardos? ¡Qué tristes ideas no me infundió aquella larga y silenciosa playa á que me veía expuesto, sin descubrirse habitacion, sino la de un pequeño lugarejo que se levantaba en el fondo de aquella cala! ¿Qué hacer? á quién acudir en medio de una nacion enemiga, ó que tal la hacia la guerra declarada?

Las ansias de escapar á la pesquisa de mis enemigos nacionales, no me hizo prever ninguna circunstancia de las que debian embarazar mi determinacion; pero metido en el lance, y pisando ya la playa que antes era de mí tan deseada, trocaronse mis deseos en mortales dudas y angustias, acrecentadas de los gemidos y afanes de mis pavorosas hijas que no me dexaban dar un paso para alejarme de aquella orilla.

¿Toma por ventura á su cuenta el cielo proteger alguna vez la desgraciada inocencia? A él acudimos mis hijas y yo en medio de nuestras terribles zozobras; y sin duda atendió á nuestros ardientes votos y ruegos, haciendonos apechugar con aquel arenal que pisabamos con fatiga. Mas apenas habiamos caminado medio quarto de legua; que dimos sin pensar con un hermoso niño, el qual se entretenia en recoger conchas en la orilla del mar, algo lejos del lugar hácia donde nos encaminabamos.

Mostraba ser por su vestido de padres ricos, lo que mucho me consoló, moviendome á decirle en lengua francesa, ¿si moraban alli cerca sus padres? El niño alzó sus inocentes ojos ocupados en recoger aquel despreciable tesoro, y los fixa en nosotros, es-

pecialmente en Tautel, cuyo negro color parecia que lo amedrentaba, y que le impedia darme respuesta á la pregunta que le hacia; de modo, que vimos llegar un Eclesiástico que iba en su busca antes que él me respondiese.

El Eclesiástico nos saludó con afable sorpresa, extrañando vernos allí, creyendo que hubiese naufragado nuestro navio en aquella costa, pues conoció que eramos ingleses, antes que yo le confiase mi desgracia y le pidiese amparo, implorando su humanidad en tan críticas circunstancias. A la verdad la experimentamos de él, consolandonos sobre manera luego que nos dixo que el padre de aquel niño, á quien él educaba, era hijo de un inglés, que años atrás se habia establecido en Calais, despues de haber abjurado la religion protestante; y que su hijo, padre de aquel niño, era rico mercader, llamado Guillermo Wombels, que se hallaba allí cerca en su casa de campo, á donde luego nos encaminó, presentandonos al dicho Wombels, del qual recibí todos los agasajos que pudiera esperar de mi mayor amigo luego que le confié toda mi desgracia.

Largo fuera, Milord, contaros la cordial hospitalidad, y generosa beneficencia con que

me trató, y lo que hizo en mi favor, librandonos el cielo por su medio de los embarazos y peligros que encontraba nuestra libertad durante la guerra, hasta que nos hizo encaminar á esta Capital, donde supe que se hallaba el Lord Som. . . nuestro pariente, esperando mucho de su generosidad, aunque quedaron burladas mis lisonjas. Sin duda debieron preocupar su ánimo las voces esparcidas de mi supuesta traicion para tratarme como me trató, permitiendolo tal vez el cielo, para que experimentase el exceso de la beneficencia de este jóven caballero en la mayor desesperacion de mi miseria, á que me reduxo la nueva desgracia de perder por el camino uno de mis fardos, y cabalmente aquel en que llevaba mis joyas y dinero, solos bienes que me quedaban en la tierra, despues que supe en Calais que se habian confiscado todas mis haciendas.

Aqui dió fin Towsend á su relacion, llorando él y sus hijas, y prorumpiendo en nuevas demostraciones de gratitud á la generosa donacion de Eusebio. El Duque de D. . . mucho mas interesado entonces en favor del desgraciado Towsend y de sus hijas, le dixo: que se encargaba de hacerle percibir la renta de las trescientas libras donde gustase. Tow-

send le agradece el favor, y vuelve á renovar las demostraciones de su gratitud á Eusebio; pero queriendo postrarsele otra vez de rodillas, Eusebio lo previno con firme y enérgica resolucion de no aceptar tales demostraciones, rehusandole tambien la mano que le pedia para besarsela por despedida, que efectuó con lágrimas, y bendiciendo á su singular y munífico bienhechor.

Partido Towsend con sus hijas, se despide tambien el Duque de D. . . encareciendo á Eusebio la conmocion que le habia causado la demostracion de Towsend y de sus hijas, y alabandole su admirable generosidad para con aquel desgraciado. Sobre esto continuaron á tratar Hardyl y Eusebio quedando solos, diciendo Eusebio el sumo alborozo que sentia por haber socorrido aquella desgraciada familia, especialmente despues que Towsend descubrió el motivo de su desgracia. Hizole hacer Hardyl sobre ella algunas reflexîones, acortando su discurso la entrada de Altano y Taydor, que esperaban saliesen aquellos señores para componer los baules, pues habian ya determinado Eusebio y Hardyl partir al otro dia de París, como lo executaron con el mismo coche y caballos con que comenzaron su viage.

La sazon era fria todavia, y haciala desapacible el blanco y nubloso cielo que acababa de descargar copiosas nieves, cubriendo los campos y caminos que presentaban á la vista de los viajantes los desnudos troncos de los árboles, y sus erizadas cabelleras blanqueadas de la nieve: rompian al vasto silencio que reynaba á la redonda los silvidos del cierzo entre los deshojados ramos, y los graznidos de las hambrientas cornejas que iban revoloteando á bandadas por aquellas nevadas llanuras.

Altano, Taydor y los cocheros iban envueltos en peludos gabanes, de que los armó la compasion de su amo, atendido el rigor del tiempo en que se veian obligados á partir por las instancias de Henrique Myden, y por las circunstancias del pleyto. Eusebio, á pesar de la aridez del camino, sentia en sí no poco alborozo por acortarsele á cada paso la distancia que lo separaba de Leocadia, lisonjeandose de su recobrada salud, y resarciendo la molestia de los malos caminos el deseo de llegar al término deseado, hácia el qual se encaminaban por el camino de Leon antes que por el de Bayona, deseando Eusebio ver las fábricas y telares celebrados de aquella ciudad.

Esto, y los malos caminos que acababan de experimentar luego que llegaron á Leon, los hizo detenerse en aquella ciudad mas tiempo de lo que habian determinado, esperando que se mejorasen los caminos con el buen tiempo, y que se concluyesen algunos modelos que Eusebio mandó hacer de algunos telares de seda. Solian Hardyl y Eusebio freqüentar en Leon la casa del mercader á quien iban encomendados, y para quien llevaban letras de cambio. Al dia siguiente que llegaron á aquella ciudad, les convidó el mismo mercader á una visita que convocó en atencion de los mismos. El número de las personas era bastante crecido, y entre otras cosas de que trataban en la conversacion, mereció alguna atencion la novedad de los duendes que se oían en una casa de la ciudad, viendose precisados á desampararla los que la habitaban, por los ruidos de arrastradas cadenas, y de mahullidos de gatos que se oían en sus desvanes.

A oir esto Hardyl, preguntó á uno de los que contaban estos ruidos, y que era otro rico mercader de Leon, ¿si la casa en que se oían los duendes estaba aislada ó contigua á otras? y respondiendole el mercader, que con-

tigüa; Hardyl replicó: si es así, extraño que no les haya dado gana á los duendes de inquietar las casas vecinas, pudiendolo hacer tan facilmente. El mercader comienza á darle razones serias, porque no lo hacian, ensartando patrañas y necedades, de que tanto se alimenta la credulidad del vulgo, acrecentada del miedo de la exâltada fantasia, y de las hablillas de la gente.

Hardyl le dixo entonces, que extrañaba que el público no tomase providencia sobre ello, dexando cundir en el pueblo tales embelecos en grave daño de la sociedad, por las desazones, sustos y zozobras que padecian los ánimos, no siendo tampoco indiferente el perjuicio que ocasionaba el dexar fomentar tan ridículas ideas en la gente, y tan agenas del recto juicio. ¿Pues qué, quereis poner duda, le dice el mercader, en lo que tiene verificado toda la ciudad? No lo tendrá bastante verificado, responde Hardyl; y si quereis ver como se desengaña, apostemos cincuenta luises para dote de dos doncellas pobres, que arrojo yo á esos duendes de la casa en que se oyen.

A tan inesperada y atrevida proposicion de Hardyl, se conmueve toda la visita, rogando los crédulos y temerosos á Hardyl que

no lo hiciese; y otros, curiosos del éxîto, instigando al mercader para que aceptase la apuesta. La disputa se empeñó tanto, que el mercader la acepta, y Hardyl determinó poner en execucion su empeño al dia siguiente si el Gobierno se lo permitia; pero no habiendo dificultad por su parte, lo efectuó, esparciendose por la ciudad la empresa del forastero, sobre la apuesta de los cincuenta luises para dote de dos doncellas pobres.

Tratando de ella Hardyl y Eusebio luego que salieron de la visita, preguntóle Hardyl, ¿si tendria ánimo para acompañarlo? = ¿Y cómo quereis que me sufra el corazon dexaros ir solo? pues aunque estoy tan lejos de dar fé á esos fantasmas imaginarios quanto vos de temerlos, pudiera con todo nacer algun accidente que os estorbase salir con el intento; y así contad conmigo, pues tampoco me amedrenta lo que creo firmemente que no exîste. = Habremos de padecer alguna incomodidad, y tener algun gasto; pero lo podremos dar por bien empleado, atendido el bien que á muchos se les puede seguir del desengaño, y el que les viene á las doncellas, á quienes van á dotar los duendes.

A mas de esto conviene que nos quedemos á dormir en la misma casa aduendada;

y para ello debemos hacer llevar camas para nosotros, y para Altano y Taydor, pues es bien que ellos nos acompañen por lo que pudiese ocurrir; porque como siempre hacen de duendes los vivos, importa precaverse antes de éstos que de los imaginarios.

Llegada la hora de encaminarse á la casa, como viese la gente ir el carro con las camas que seguia á los forasteros, allegabase el pueblo curioso, y asustado al mismo tiempo, llenando la calle en que estaba la casa de los duendes, para ver el éxîto de aquella ruidosa y temible empresa que tal les parecia. Hardyl y Eusebio, seguidos de Altano y de Taydor, entran en la casa vacía de todo mueble. Su silenciosa soledad arremetia: las pisadas resonaban con mayor eco: las voces naturales de Hardyl, de Eusebio, y de Taydor, parecian mas roncas y de otro temple á los oidos de Altano.

Habian recavado de éste Hardyl y Eusebio, á fuerza de persuasiones y promesas, que los acompañase, empeñando en ello su reputacion; y se resolvió finalmente, aunque de mala gana, á no desamparar á su amo: y aunque fue el postrero á entrar en la casa, diose priesa, entrado ya en el zaguan, para dexar detras á Taydor, quando iban ya á